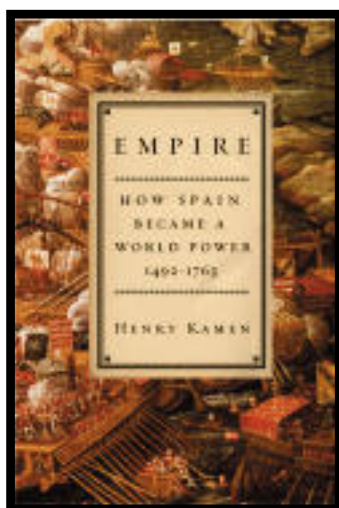


Kamen, Henry. *EMPIRE. How Spain Became a World Power, 1492-1763*. New York: Harper and Collins, 2003. 640 págs. ISBN 0060194766.

Reviewed by Arturo Giráldez
University of the Pacific

El lector verá que para mí el Imperio Español fue creado tanto por los americanos nativos, los africanos y los asiáticos como por los europeos. [...] Este modesto trabajo permitirá al lector, confío, apreciar la contribución a través del tiempo de tantos individuos y naciones, los cuales crearon, colaboraron y sufrieron bajo la primera empresa global de los tiempos modernos, el ‘imperio’ ‘español’. (Kamen xxvi y xxviii)



El monasterio del Escorial cerca de Madrid es un edificio emblemático del Imperio Español. El palacio, monasterio y panteón real resume en su doble función religiosa y civil la versión oficial de la historia. De esta síntesis simbólica eran conscientes los escritores de la llamada “Falange intelectual” que, después de la guerra civil de 1936 a 1939, usaron el edificio como logo editorial y título de una revista. Supuestamente la Falange aspiraba a la restauración imperial— uno de sus lemas era, “por el imperio hacia Dios” —y el edificio herreriano con sus connotaciones históricas aparecía como el mejor símbolo para semejante empresa.

El imponente edificio fue mandado construir por Felipe II para celebrar la victoria de San Quintín sobre los franceses en 1557. Un examen de los ejércitos presentes indica que las fuerzas españolas eran solamente un décimo del total; y este hecho -citado por Henry Kamen- ilustra certeramente su perspectiva intelectual. La originalidad del historiador inglés contrasta con los presupuestos teóricos con que se estudia en general el pasado de España.

La historiografía del Imperio Español está determinada por la división académica entre historiadores de la Península e historiadores de Latinoamérica. Inevitablemente los historiadores de la España en tiempos imperiales tratan de las posesiones europeas y africanas y las vicisitudes de los virreinos son estudiadas por los historiadores de América. Filipinas y los otros archipiélagos del Pacífico se incluyen en la América española. Esta dualidad intelectual se ha mantenido sin grandes innovaciones. A ello hay que añadir una tradición historiográfica que considera el Imperio como una empresa nacional centrada en España cuyos capítulos continúan la unificación de los Reyes Católicos antes de las tribulaciones de los siglos XIX y XX. Sin embargo, el escaso número de españoles en una batalla como la de San Quintín indica los serios problemas de la historiografía más común.

Hay que tener presente que la demografía en la Península del siglo XVI era débil, la agricultura producía muy bajos rendimientos y la economía en general era pobre. Esta realidad no se le escapaba a los contemporáneos. Un emigrante a Indias escribía en una carta: “Aquella mísera España donde ninguna cantidad de trabajo puede quitar la pobreza” (citada por Kamen 510). Entonces, si España tenía tan pocos recursos, es necesario interrogarse por los agentes que hicieron posible la empresa imperial. Es decir, quiénes la financiaban, cuál era la fuerza de

trabajo y quién aportaba la tecnología. Al examinar estas cuestiones se observa que el “nacionalismo” carece de sentido. Las finanzas estuvieron siempre en manos de extranjeros: alemanes, genoveses, o, en tiempos del Conde-Duque de Olivares, de sindicatos de financieros sefardíes vinculados con la economía atlántica. Esto por lo que hace a la gran finanza; pero a otro nivel, son los comerciantes chinos que prestan a los españoles de Manila cuando el galeón se retrasaba y que hacen posible que la colonia sobreviva. El comercio con América está en su mayoría en manos de extranjeros y, otra vez, los chinos del Parián controlaban el abastecimiento de mercancías para el galeón y organizaban el comercio al por menor en las Filipinas. Lo mismo que los banqueros genoveses tenían un papel central en la economía, será la flota genovesa una pieza esencial de la estrategia imperial en el Mediterráneo. Del mismo modo la flota belga de Dunquerque atacaba a holandeses, franceses e ingleses. “Es fácil no tener en cuenta el tremendo esfuerzo hecho por la población y el gobierno de los Países Bajos del sur para ayudar al mantenimiento del poder español en Europa” (324). La guerra de las Alpujarras se ganó con armas forjadas en Milán y, a pesar de la importancia de los tercios españoles, numéricamente los extranjeros eran la mayoría de los contingentes imperiales. En 1608 el ejército de Flandes tenía un 45 por ciento de soldados alemanes, un 15 por ciento belgas, 12 por ciento italianos y un 17 por ciento de infantería española. En 1649 la participación española había descendido al 6 por ciento.

En el siglo XVII la “carne de cañón” de los ejércitos imperiales eran los napolitanos, y como muestra del cosmopolitismo de las armas españolas Felipe IV empleó seis mil soldados holandeses protestantes en Andalucía (166 y 167). En las Filipinas la infantería Pampanga era un contingente fundamental en la defensa de las islas, lo mismo que los indígenas, como soldados o fuerzas auxiliares, hicieron posible la conquista y colonización de América. Colonización que fue posible debido a las inversiones privadas, no a las finanzas reales tal como escribía Gonzalo Fernández de Oviedo: “Casi nunca ponen sus majestades su presupuesto y dinero en estos nuevos descubrimientos, todo es papel y buenas palabras” (citado por Kamen 41). Lisboa y Sevilla tenían un gran número de africanos –Velazquez pintó uno de ellos en su *Juan de Pareja*– pero el gran papel de esta población será en América. Según Kamen, sin los africanos la economía en las islas atlánticas y en el Nuevo Mundo “simplemente se hubiera derrumbado” y concluye: “En no pequeña medida, el hombre negro creó el imperio que España dirigió en el Nuevo Mundo. [...] Es un papel que, hasta muy recientemente, los historiadores españoles olvidaron completamente” (Kamen 139 y 140-41).

También los monarcas españoles necesitaban al ayuda de extranjeros para comunicarse. No hubo un sólo diplomático en la corte de Isabel I de Inglaterra que hablara inglés, pero la reina podía conversar con el embajador español en la lengua de Castilla. Eran raros los nobles españoles que hablaban holandés, pero muchos aristócratas de los Países Bajos hablaban castellano. Los inquisidores no podía leer libros escritos en otros idiomas. Las relaciones diplomáticas con los otomanos se hacían por intermediaries, porque no había españoles que hablaran turco; en Orán los judíos actuaban de traductores para los españoles; y los diplomáticos de la Corte de Madrid en la paz de Westphalia tuvieron que usar agentes del Franco Condado, porque no podían comunicarse con los negociadores de las otras potencias (Kamen 495). En Asia la lengua común era el portugués y el jesuíta Francisco Javier la usaba en su ministerio (Kamen 501). Todavía en el siglo XVIII los misioneros predicaban en castellano a los indígenas de los Andes, “mientras los nativos sin entender nada escuchaban en respetuoso silencio” (Kamen 503).

En cuanto a la cartografía, fundamental en un imperio, estaba en manos de extranjeros. Felipe II invitó a Anton van den Wyngaerde a que viniera a España para representar sus

ciudades, el primer mapa de Madrid se publicó en Holanda y fue hecho por un flamenco, y Cornelis van Wytfliet imprimió el primer atlas del Nuevo Mundo en Lovaina (Kamen 160).

La base económica del imperio eran las minas de plata americanas. Como las flotas llegaban a Sevilla, Castilla tenía una gran importancia por la facilidad de recaudar impuestos en su territorio. Carlos V escribía a su esposa sobre las operaciones militares en Italia haciendo notar que para sostenerlas “no hay lugar de encontrar recursos financieros” que no sea España (Kamen 75). “Los metales preciosos, en lugar de la conquista, fueron la clave para el desarrollo de la monarquía. [...] El único recurso del que dependía enteramente, era la red de negocios creada por la plata Americana” (Kamen 287 y 320).

La plata americana pronto mostró su naturaleza problemática. Los precios subieron durante la llamada “Revolución de los precios” con consecuencias negativas para los consumidores, y además en su mayor parte los metales preciosos pertenecían a extranjeros que invertían en los negocios más ventajosos generalmente fuera de la Península. Los castellanos, vascos y andaluces contribuyeron a la empresa imperial como supervisores, “pero la empresa en sí misma pertenecía a todos” (Kamen 493). Por lo tanto, la idea de que España no supo aprovecharse de la oportunidad económica americana no tiene fundamento. Los reinos peninsulares poco tenían, y por lo tanto difícilmente habrían podido malversar unos capitales que no les pertenecían (Kamen 493).

Kamen muestra a lo largo de su libro cómo el funcionamiento del imperio, incluso en los intercambios culturales, dependía de la colaboración internacional. Las primeras exploraciones marítimas se hicieron con conocimientos geográficos y navegantes portugueses; Italia proveía los ejércitos, flotas y armamento en el Mediterráneo; del mismo modo que alemanes y belgas lo hacían en el norte de Europa; los alemanes, genoveses, flamencos y portugueses se encargaron de las finanzas; y los indígenas y africanos proporcionaban la mano de obra bajo diferentes regímenes de trabajo.

Kamen concluye con una teoría sobre la naturaleza de los imperios. Según el historiador, los imperios –y el español no es una excepción– existen para producir beneficios económicos. En consecuencia, se creó “con el apoyo gubernamental un conglomerado interconectado, esto es un negocio llamado ‘imperio’, para aumentar el flujo de recursos, racionalizar los costes y regular las disputas sobre los derechos de propiedad” (Kamen 491). Comparando el imperio con una multinacional Kamen mantiene que el secreto estaba en “integrar los negocios regionales” al mismo tiempo que se daba una eficaz “autonomía de costes”, es decir los gastos públicos se financiaban con lo recaudado localmente. Así quien pagaba las fortalezas en Acapulco eran los impuestos de Nueva España.

Mientras los inversores no perdieran la confianza el negocio sobrevivía. “Comerciantes y financieros extranjeros –e incluso piratas– continuaron apoyando las economías regionales del imperio aun cuando trataban de debilitar el control que ejercía Madrid” (Kamen 508 y 509).

El libro de Henry Kamen es extraordinario en cuanto nos presenta una perspectiva radicalmente innovadora para entender la historia del Imperio Español. En el libro del historiador inglés la historia de España aparece como el resultado de una dinámica global en la cual la Península era solamente uno de los centros institucionales. La división de la historia imperial de acuerdo a la división geográfica continental carece de fundamento, porque el funcionamiento del Imperio Español era una dinámica que relacionaba todos los continentes. Por primera vez en la historia humana se realizó una economía global acompañada de intercambios ecológicos planetarios.

Africanos, americanos, asiáticos y europeos participaron con muy diversa fortuna en esta gran empresa y no cabe otorgar una prioridad o agencia privilegiada a ningún grupo. El libro está lleno de anécdotas y detalles que ilustran con gran viveza el innovador análisis histórico. Una obra de lectura indispensable para hispanistas –estudiantes, profesores e investigadores– y para quien quiera entender la historia del mundo.